

Uno mismo y los otros

ESQUIROL, Josep M. (2005). *De las experiencias existenciales a la interculturalidad*. Barcelona, Herder.

Natalia Aguilera Arias

Para todos aquellos lectores expertos o aficionados a la filosofía, el trabajo de Josep M. Esquirol se presenta como una reflexión cuidadosamente elaborada sobre la interculturalidad a partir de seis experiencias existenciales desarrolladas en seis de los siete capítulos del libro.

Podríamos creer que el autor habla de *experiencias existenciales* debido a que son experiencias que constituyen la esencia misma de la humanidad, del ser-humano y de lo humano del ser.

El autor inicia su recorrido con la experiencia de la identidad, en donde ésta debe ser entendida como un proceso permanente de identificación con todo lo que nos rodea y lo que constituye la totalidad de nuestro mundo, de nuestra vida misma, siempre y cuando sintamos que tenemos y pertenecemos a *un lugar* (retomando a Marc Augé).

La identidad se da cuando podemos identificarnos en un espacio familiar-cultural (nuestra casa, nuestra ciudad, las calles que recorreremos, etc.) y dentro de un marco histórico-temporal (nuestras costumbres, los símbolos que conocemos y reconocemos, las fechas del calendario, etc). Por tanto, no puede construir identidad aquel que ha sido despojado de su casa, de su tierra o de su país y debe deambular a diario buscando un “aquí” y un “ahora” en donde pueda suscitar la caridad de otros para obtener comida, bebida o un espacio para dormir.

Desde esta primera experiencia el autor abre la puerta a un camino de reflexión hacia lo humano, lo cual constituye un rasgo distintivo y predominante en la argumentación.

A medida que la lectura avanza, el lector llega a la segunda experiencia existencial: la alteridad.

El toque innovador que Esquirol aporta al hoy manido discurso de la alteridad (discurso que aún no ha sido comprendido ni mucho menos puesto en práctica a cabalidad) es su comprensión filosófica del mismo.

Retomando autores de la corriente fenomenológica (Husserl, Heidegger, Merleau-Ponty, Lévinas y principalmente Bernhard Waldenfels), el autor analiza el sentido de la experiencia misma y sugiere que la alteridad es producto de la extrañeza interior, de lo que se escapa de nosotros mismos, “eso” que ha sido llamado de formas tan distintas: la voz interior, el *daimon*, el Dasein, y que sentimos como un llamado o en ocasiones como una revelación. Ante ese llamado, Esquirol concluye que hay que *responder* (fenomenología responsiva) en tanto la vocación de esa voz extraña en nuestro interior nos permitirá comprender la extrañeza y el llamado de los demás: del rostro que sufre, del que llora en una calle de nuestra ciudad, del que no tiene a dónde ir.

La exhortación que hace Esquirol al responder se nutre de los escritos de Waldenfels: “La situación cambia si dejamos de definir directamente lo que es ajeno, y en lugar de eso tomamos lo ajeno como algo a lo cual respondemos e inevitablemente hemos de responder” (p. 67).

En el tercer capítulo se encuentra la experiencia del diálogo: allí se esboza una ética discursiva fundamentada en el reconocimiento de los interlocutores.

Aunque en este capítulo el autor no parece seguir el mismo razonamiento, es decir, no parte de una experiencia interior o existencial hacia una exterior o intercultural, sí queda claro que el

diálogo (o al menos el verdadero diálogo) trasciende la conversación para ser conversión, pues de éste se espera la transformación de los sujetos participantes.

Es así como el autor critica los pseudodiálogos que se caracterizan por ser unilaterales, y en los que sólo se aceptan como válidas las propias ideas, pseudodiálogos que constantemente siguen sus impulsos e intereses y en donde no se es capaz de oír al otro (p. 74).

Para ahondar un poco más en el tema de la alteridad, el autor desarrolla en el capítulo cuarto la experiencia de la solidaridad, ya no con la única intención de denunciar la existencia de un otro, sino para demostrar que la relación que se establece con ese otro trasciende la comunicación y deviene responsabilidad. Cabe destacar aquí la brillante capacidad de Esquirol para entender y argumentar la esencia de la solidaridad desde una posición filosófica que no desdeña las concepciones heredadas del cristianismo acerca de la fraternidad y del prójimo. También se destaca su capacidad para conducir al lector, sin herirlo o chocarlo en su particular creencia religiosa o espiritual, hacia un horizonte común en el que la solidaridad es un concepto más amplio que engloba a la humanidad.

Esa misma marca religioso-espiritual (que es en esencia una marca muy humana) permanece en el capítulo titulado "La solidaridad o la comunión en el vacío" en el que la figura del monje ilustra las virtudes de la soledad para alcanzar una espiritualidad superior que nos permita discernir entre lo superfluo y lo importante, entre lo que le es provechoso al ser humano y lo que no lo es. Según Esquirol, es a partir de la experiencia de la soledad como se puede conocer el vacío, que obliga a su vez a buscar

la unión con "algo" superior que sólo se encuentra en el marco de lo humano.

El análisis emprendido a lo largo de los cinco primeros capítulos le permite al autor, en el capítulo sexto, exponer la experiencia de la problematicidad como uno de los aportes más valiosos a la interculturalidad.

¿Qué ocurriría si la gente cuestionara más sus propias opiniones? (p. 135).

Dudar de lo que se cree saber y abandonar el hermetismo y la rigidez de las propias posiciones sería la base de una actitud reflexiva en la que la filosofía sería un "camino de vida" (p. 140), un *ethos* o manera de vivir.

Finalmente, y si por algún motivo el lector ha hecho valer su derecho a saltarse algunas páginas o se ha distraído en la lectura, en el capítulo séptimo podrá encontrar la recapitulación de todo lo abordado, que sin duda podrá suscitar la re-lectura y generar nuevas reflexiones.

Aunque pueda resultar paradójico, la sensación que queda después de leer *Uno mismo y los otros* no es precisamente la de haber construido un concepto único y delimitado de la interculturalidad; por el contrario, lo que se logra es una experiencia de confrontación, problematicidad y encuentro consigo mismo en la que la argumentación, filosóficamente llevada por Esquirol, constituye una buena base para el autoexamen y para comprender y responderle a lo otro, a lo extraño, a lo que en ocasiones no sabemos aceptar.

De igual manera, es una lectura que puede sugerir temas de discusión académica en las aulas, desde donde se espera se pueda construir una sociedad más reflexiva, más tolerante y, sobre todo, más humana. ■